

# PARTE 6

## La Guerra de Broma

17. La tradicional 'Guerra de Broma,' y su secuela

18. ¿Hubo una Guerra en Serio?: El Occidente financió y asistió el esfuerzo bélico nazi.

19. España

20. Interpretación

No sucedía mucho. Con dificultad se había disparado una bala. El alemán común comenzaba a llamarlo *sitzkrieg*—‘la guerra sentados.’ En Occidente pronto la llamarían ‘la guerra de broma’ [*phony war*]. Aquí estaba “el ejército más fuerte del mundo,” como dijo el general británico J.F.C. Fuller, “frente a no más de 26 divisiones [alemanas], muy quieto detrás del acero y concreto [de la Línea Maginot], ¡mientras que un aliado valiente y quijotesco [Polonia] estaba siendo exterminado!” ¿Se sorprendían los alemanes? Para nada.

—William Shirer, *Auge y Caída del Tercer Reich: Una Historia de la Alemania Nazi* (1960:633)

El 1 de septiembre de 1939, el día mismo del ataque nazi contra Polonia, Neville Chamberlain puso a Winston Churchill de *First Lord of the Admiralty*. Se antojará demente aquel nombramiento para quien recuerde los desastres navales obrados por Churchill en ese cargo al iniciar la Primera Guerra Mundial (CAPÍTULO 15). Fue *comunicación política*, nos dicen en la escuela: promover al famoso ‘antinazi’ anunciaba al público lo macho que estaba ahora sí el gobierno británico, listo para enfrentar—¡al fin!—la amenaza alemana. Sin duda querían anunciar eso. Pero la evidencia de la Parte 5 controvierte la presunta postura de Churchill. Y eso motiva la pregunta: ¿hubo un cambio *en los hechos*?

Los líderes occidentales habían prometido guerra si Hitler atacaba Polonia. Se cumplió la condición. ¿Y entonces? Nada. *Nueva condición*: si los nazis no salen de Polonia, guerra. ¿Qué dijo Hitler? Nada: anocheceía ya el 2 de

septiembre sin respuesta (en sí la respuesta). ¿Ahora qué? ¿Otro ultimátum? Eso querían los franceses y además un plazo de 48 horas para esperar la reacción de Hitler. Pero había revuelta en el *House of Commons* y Chamberlain tuvo que negarse. Se declaró finalmente la guerra en el transcurso del 3 de septiembre.<sup>1</sup> ¿Ahora sí? Tampoco. Nadie se movió.

¿Pues qué sucedía?

En el patio de juegos de mi escuela secundaria vagaban verdugos en busca de víctimas (yo escribo historia; ya conocen mi categoría). Esa ‘ley de la jungla’ también es ley: la violencia humana es *cultura* y tiene lógica—hasta etiqueta—. Si no pegas duro tampoco provocas; eres cuidadoso, cortés, paciente, indulgente. No evitas la violencia pero la regulas. Predecible y pro forma, casi aburrida, se torna sintaxis ritual—menos efusiva cuanto mejor se entienda—para confirmar la estructura. Pero sí un día tomas aire y retas “¡Otra y te la rompo!” aconsejamos ira, pues te has montado en el pivote gramático: peleas y dejas de ser víctima (aunque pierdas); te ‘rajas’ y entonces, por atentar contra la integridad del lenguaje, habrás de merecer un terror pasional. Esta metáfora, proyectada al ‘patio de juegos’ geopolítico, resume de tajo el modelo del ‘apaciguamiento’: los jefes democráticos, primero tan cuidadosos y corteses, repetían ahora gimoteos sordos—sus ‘amenazas’—sin avanzar a la consecuencia; a Hitler, un *bully*, eso lo invitaba a propinar la siguiente paliza.

Hitler sí era *bully*. Pero, ¿se asustaban realmente los líderes occidentales? ¿O sería eso un ademán, un distraer con aspavientos el ojo, un ocultar la mano izquierda que empujaba la conquista nazi? Mi hipótesis: le compraban tiempo a Hitler; la ‘indecisión’ era deliberada, un teatro de ‘estupidez’ y

‘cobardía’ calculado para inducir en el público la interpretación—ahora tan famosa—que sentaría su coartada: el ‘apaciguamiento’ (TOMO 4). Pero no se queda ahí la cosa. Los líderes ‘apaciguadores’ en Gran Bretaña y Estados Unidos, según defendemos aquí, estaban coludidos con importantes líderes de aquellos países occidentales cuyo colapso ante el avance nazi habría de azorar al mundo.

En otras palabras, mi hipótesis es que había en Occidente una ‘quinta columna.’ Esta expresión se origina en la Guerra Civil Española, cuando, según dicen, el general franquista Emilio Mola anuncio en locución radiofónica que además de sus cuatro columnas avanzando contra Madrid tenía una quinta *dentro* de la capital formada por simpatizantes clandestinos del golpe de Estado.

O digámoslo así: cada país occidental tenía sus ‘quislings.’ En inglés y algunos otros idiomas occidentales la palabra significa ‘traidor a la patria’ y deriva de un nombre: Vidkung Quisling, oficial militar noruego responsable de sabotear la defensa de su país ante la ofensiva de Hitler. Este fenómeno, según nuestro análisis, fue general—en modo alguno particular a Noruega—.

Los absurdos increíbles de la Segunda Guerra Mundial, aquellas arrugas incómodas sobre la superficie de la interpretación oficial, se suavizan y disuelven cuando suponemos a los ‘quislings’ de una poderosa ‘quinta columna’ ocupando puntos clave en la estructura de los países conquistados, y asistidos desde afuera por sus congéneres británicos y estadounidenses. Y suponer eso nos permite explicar el periodo de ocupación, pues “la colaboración con los nazis durante la guerra a menudo tenía un carácter distintivo de

clase...” De hecho, “excepto en Polonia y los territorios ocupados de la URSS,” apunta Christopher Simpson (aunque omite la excepción más dramática: *Serbia*), “los nazis consistentemente consiguieron reclutar la asistencia de mucha de la estructura de poder establecida, el personal del servicio civil, y la policía.”<sup>2</sup>

Pero no hace falta suponer demasiado—la evidencia abunda—.

Antes explicamos que en la cumbre de Múnich, cuando Chamberlain organizó la presión decisiva para la cesión checoslovaca de los Sudetes a Alemania, de hecho *salvó* a Hitler. ¿Por qué? Porque—como explicaron a su *führer* sus generales—hacían falta todas las tropas alemanas para vencer las fortificaciones checoslovacas, o sea que *pelear* por los Sudetes dejaría la frontera occidental abierta al ataque francés que la combinación política del momento habría exigido (CAPÍTULO 13). Todo esto hacía fácil y barata una victoria occidental sobre Hitler—bastaba esperar que atacara a Checoslovaquia—. Pero mejor le dieron todo (y gratis). ‘Asombroso,’ dicen los historiadores.

¿Cómo calificar entonces la crisis polaca? ¿Asombrosa al cuadrado? Porque ahí el loco de Hitler *lo hizo*. Al atacar Polonia de hecho “arriesgó exponer su frente occidental,” escribe Henry Mason, “donde aproximadamente treinta y cuatro divisiones alemanas mediocres encaraban a ochenta y cuatro divisiones francesas durante la campaña polaca.”<sup>3</sup> Según J.F.C. Fuller (epígrafe) el desbalance era peor: nada más veintiséis divisiones alemanas (o menos) en la frontera francesa y sin apoyo de Mussolini en esta coyuntura.<sup>4</sup> Los polacos no peleaban en vano (como nos dicen); su sacrificio voluntario

otorgaba a los franceses su oportunidad. Pero éstos no se menearon. Tampoco bombardearon el Ruhr para lisiar la industria alemana. Con la guerra ya declarada, los Aliados, *muy quietos*, de nuevo salvaron a Hitler.\* Quedó todo mundo a tal grado pasmado por esta inacción que la llamaron ‘Guerra de Broma’ o ‘Guerra Boba.’

Cuando finalmente libraron batalla los occidentales resistieron a los nazis como el pasto a la podadora. Los generales alemanes no daban crédito. El mismo Hitler, que había prometido una conquista fácil, no la imaginó *tanto*; atónito, sufrió ataques nerviosos, temiendo caer en alguna trampa. El apelativo ‘Guerra de Broma’ puede extenderse por ende, sin injusticia retórica, a esta segunda etapa de la guerra, incluyendo las caídas de Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, y Francia—y también la famosa ‘Batalla de Inglaterra’—(CAPÍTULO 17).

¿Y después? ¿Hubo finalmente una ‘Guerra en Serio’?

Entre nazis y soviéticos sí pero en Occidente todo es otra vez sospechoso. Los grandes industriales estadounidenses enviaron a los nazis, en abundancia, financiamiento y materiales estratégicos de guerra, mismos que restringían a los ejércitos aliados. Investigaciones de funcionarios de la Tesorería y del Ministerio del Interior *estadounidenses*—realizadas durante la guerra—documentan cómo, inclusive después de Pearl Harbor, todo eso lo protegía el Presidente Roosevelt (CAPÍTULO 18). Sucedió lo mismo en Gran Bretaña. Y

---

\* Hitler, menos quieto, ordenó que su armada comenzara a hundir barcos británicos.

no se abría aquel frente occidental que los soviéticos, aliados oficiales, a diario pedían.

La pregunta es forzada: ¿no habrían querido Roosevelt y Churchill una victoria nazi? Decir que sí tiene una ventaja: explica sus comportamientos.

Nos dirán que la invasión occidental ahí está: en D-Day los Aliados, si bien tarde (verano de 1944), se lanzaron al fin contra Hitler. Eso, sin embargo, no permite inferir una intención de derrotar el nazismo. Los alemanes, es cierto, peleaban todavía cuando el desembarco angloamericano en Normandía—pero por necios, pues habían perdido ya la guerra y todo mundo lo entendía (ellos también)—. La única pregunta era si los soviéticos, cuyo frente avanzaba irremediamente, habrían de ocupar todo el espacio europeo hasta el Atlántico. Ésa bien pudo ser la razón de invadir.

En esta Parte 6 seguiremos el método de la Parte 4. Repasaremos los hechos documentados para evaluar si empatan con la hipótesis oficial de una sincera oposición al nazismo en la dirigencia occidental, o mejor con la hipótesis alternativa según cual esa dirigencia—si bien limitada (un poco) por la propaganda gramáticamente obligada que dirigía a sus ciudadanías democráticas—buscaba impulsar a los nazis. La interpretación oficial, como ya vimos, no puede explicar la política occidental de los 1930s (TOMO 4); menos puede explicar, veremos aquí, el periodo oficial de guerra.

La tradicional ‘Guerra de Broma’ y su secuela inmediata, la caída de Occidente, son los temas del capítulo 17. El capítulo 18 examina cómo los industriales occidentales abastecieron—con protección oficial—a los nazis. El capítulo

19 se enfoca sobre la asistencia occidental a los nazis a través de la España franquista. Y en el capítulo 20 presento una interpretación global de la guerra que resuelve todas las paradojas impuestas por la interpretación tradicional.

---

<sup>1</sup> Shirer (1960:608-13)

<sup>2</sup> Simpson (1995:192)

<sup>3</sup> Mason (1963:548)

<sup>4</sup> Shirer (1960:633-36)